

Guevara, P. José (1719-1806).

Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán (1836, póstuma).

Libro Primero. Segunda parte. IX, De los insectos.

.....

Las hormigas son otra plaga, conjurada contra los sembrados y esfuerzos de los labradores. Las unas por comunes no merecen particular mención; pero sí las otras, y entre ellas el primer lugar ocupa el *tahiro*, de extraña pequeñez, color negro y azogada viveza. Sale cuando quiere llover, y así son prenuncios de lluvia inminente. Luego que abandonan sus cuevas, cuidan de buscar los escondrijos, y agujeros, que son morada de grillos y otras sabandijas; no para fijar su alojamiento en ellos, sino para apoderarse de su legítimo dueño, y prevenir en sus carnes un regalado banquete. Como son muchos, y la multitud hambrienta de tahiros recarga sobre ellos, inexorables a sus quejidos, y sin dar cuartel a nadie, con todos acaban. Si acontece que entran en la cama del que duerme con reposada quietud, presto le despiertan, y por vía de composición es necesario desocupar el búho, y mudar alojamiento por no verse acosado por estos animalejos.

Otras hay que los guaraníes llaman *yzau*, y merecen el nombre de taladoras. Tres estados podemos distinguir en ellas: el primero cuando chicas recién salidas del huevo; éstas cuanto tienen de pequeñas, tanto tienen de rabiosas, y se ceban con insaciable hambre en lo que encuentran. Desdichado el muchacho que hallan descalzo; le acometen, le hincan sus agudos dientes, y por más diligencias que ponga en desprenderlas, no sueltan hasta ensangrentarle. Éstas tienen la incumbencia de abrir el agujero, y ensancharlo para que las mayores salgan sin tropiezo, y tengan algún descanso en la fatiga laboriosa de su agradecida familia.

Por el agujero salen unas hormigas con alas a manera de avispas, y en ellas se verifica, que para su mal le nacen a las hormigas las alas; porque o son de limitada duración por naturaleza, o acaban sus días en el vientre de los pajarillos, especialmente de la tijereta, que halla delicado pasto en estos volantes ejércitos. Tras éstas salen otras que constituyen el tercer estado, y son las madres hormigas, que sólo toman alas para dilatar con nuevas colonias la familia, y buscar lugar retirado para el establecimiento de una población numerosa. Es poco lo que vuelan, porque luego pierden las alas, y ellas caen a tierra con el peso de una bolsa, grande como un garbanzo, que encierra los huevos destinados a propagar la especie.

Como son muy laboriosas, empiezan luego con sus patillas a cavar la tierra, y en la profundidad de una cuarta dejan algunos huevos, los bastantes para fijar los fundamentos de nueva población. Continúan el ejercicio de cavadores, profundando la cueva, y allí dejan segunda porción de huevos. De esta manera, profundando más y más, hasta dos brazas (rara industria y tesón infatigable), una sola madre hormiga propaga la especie con numerosas colonias. ¿Qué habitación previene el *yzau* para sus tiernos hijuelos? ¿Qué alimentos prepara para tanta multitud? ¿Cómo una sola madre fomenta tantos

huevos depositados en tantos lugares? Es misterioso arcano que no comprendemos; lo cierto es que, aunque no alcancemos los caminos de la naturaleza, ella no espera la humana dirección para plantear sus ideas, y cumplirlas.

Yo me contento con poner a la vista la admirable arquitectura de nidos que fabrican las hormigas para establecerse con seguridad en los anegadizos de los Xarayes. Como el terreno está dispuesto a inundaciones, y que el agua sube mucho, fabrican su morada sobre los troncos de los árboles. La materia es de barro, y las mismas hormigas hacen oficio de cargadoras que llevan el material, de amasadoras que lo templan, de albañiles que lo aplican, con proporción tan compasada y división de piezas tan justa, que excede la más delicada arquitectura. Aunque todo el material es de barro, tiene consistencia de piedra, y resiste a las aguas, de suerte que no penetren adentro. Como la clausura no es perpetua, y su naturaleza pide salir a respirar aires más frescos, y juntar provisiones para el invierno, cada hormiguero tiene un caño, o conducto interior por donde pueden salir y entrar libremente.

Donde las aguas no suben tanto, pero el terreno está expuesto a inundaciones, eligen un montecillo elevado, y sobre él cimientan su fábrica de barro en figura de torre, de dos para tres varas de alto. Esta torre por dentro está hueca, y al parecer sirve solamente para albergarse en tiempo de crecientes, porque entonces, las aguas penetran su habitación subterránea y se ven precisadas a subir al torreoncillo con la seguridad que está bien argamasado, y capaz de resistir a las aguas que azotan al pie, y bañan el fundamento de la obra.

Antes de apartarnos de los Xarayes será bien referir otra especie de hormigas que se halla desde el Río Tacuarí hasta los anegadizos. Críanse en este espacio ciertos árboles, a los cuales los portugueses llaman «árboles de la hormiga»; son frondosos y lozanos, y su hermosura convida a mirarlos y tocarlos. Pero cuando la vista no se harta de mirarlos, embelesada con su admirable lozanía, el cuerpo todo se llena de hormigas, que estaban sobre los árboles, y como si el contacto turbara su quietud, se convierten contra los perturbadores de su reposo y descanso. Y como cada uno de estos árboles está cargado de innumerables hormigas, son muchas las que se desprenden para herir al que osado se atrevió a tocar el árbol.

Otras hormigas hay, que aunque las llamemos plaga por el daño que pueden causar en las sementeras, pero son tolerables por la utilidad que acarrear; hállanse en pocas partes, y hasta ahora sólo se sabe que se encuentran hacia la Villa Rica. Éstas son fabricadoras de cera, que crían en unas bolitas sobre las plantas, llamadas *guabirá-miri*, donde las recogen los villeños, y derretidas al fuego se endurecen en cera blanca. De ella se hacen velas, pero su luz no es mucha, por ventura a causa de su dureza que no se derrita fácilmente, ni tanto que pueda nutrir el pábilo y la llama. Podría suceder que si algún fabricante la beneficiase, la experiencia le descubriría el modo de purificar la cera y aumentar la luz. El ilustrísimo Señor Palavicino, Obispo del Paraguay, presentó algunas de estas velas al padre Bernardo Husdorfer, provincial de esta provincia, y este al padre Ladislao Oros, procurador a las cortes de Roma y España, para que pasase este invento americano al viejo mundo.